



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Patología psiquiátrica de los menores agresivos: "Akira", un modelo filmico de imitación

AQUILINO POLAINO-LORENTE
Catedrático de Psicopatología
Universidad Complutense de Madrid

Psicopatologías "pesadas" y "ligeras", y agresividad

Tratar de la agresividad en el ámbito de la psicopatología, exige distinguir entre dos grandes bloques de enfermedades o trastornos: los que aparecen de forma súbita o no, pero cuya etiología hunde sus raíces en factores biológicos y con harta dificultad pueden relacionarse con variables de tipo ambiental o contextual (psicopatología mayor), y aquellos otros –por lo general, de menor gravedad, aunque mucho más frecuentes y extendidos en nuestra sociedad–, en los que de una u otra forma su comienzo suele estar relacionado con la presencia de ciertos factores contextuales (psicopatología menor).

En unos y otros trastornos puede emerger el comportamiento agresivo. Y, sin embargo, su causa, tratamiento y/o prevención marchan por caminos muy diferentes. Para los primeros, la administración de psicofármacos es lo más conveniente; para los segundos, en cambio, es muy posible que tengamos que prescribir también algunos de estos medicamentos pero, cualquiera que sea la respuesta del paciente, resulta casi siempre imprescindible la intervención psicoterapéutica y, con ella, las auxiliares que, modificando el contexto, pue-

den generar un cierto efecto preventivo sobre estas alteraciones.

En unas y otras enfermedades es muy frecuente la presentación de comportamientos agresivos que forzosamente ha de intentarse soslayar, por sus funestas consecuencias para el paciente como para la sociedad.

Pasemos revista a algunos ejemplos de alteraciones asociadas al comportamiento agresivo, susceptibles de ser incluidas en la *psicopatología «mayor» o «pesada»*. Esto es lo que sucede, por ejemplo, en la *esquizofrenia*. Imagínense, por un momento, cual será el comportamiento de una persona que delira y alucina, que oye voces inexistentes, que está persuadido —contra toda demostración empírica o evidencia lógica— que le persiguen (temática paranoide), que los que le rodean se comportan de forma confabulatoria —de eso tiene ella absoluta certeza, independientemente de que sea falsa— con el decidido y firme propósito de hacerle daño. Y que toda esa información amenazante es percibida exactamente con la misma frescura, cercanía y certeza, como los que estamos aquí hemos observado las secuencias de la película que se acaba de proyectar.

Obviamente, una experiencia así ha de suscitar conductas agresivas, tan agresivas que estos pacientes pueden destruir a sus familias y, finalmente, autodestruirse mediante el suicidio. Los síntomas esquizofrénicos que padecen les permite concluir —errónea, pero consistentemente— que la mejor manera de hacer frente al daño amenazante que perciben —tanto respecto de ellos mismos como de sus familiares—, es optar por esa drástica y trágica salida, tan incomprensible, por otra parte, para los no avezados en esta materia. Pacientes como el que acabo de describir son los que, infortunadamente, llenan las páginas de sucesos de los diarios.

Lo que se ha afirmado respecto del comportamiento agresivo del esquizofrénico puede predicarse igualmente de otros muchos pacientes como, por ejemplo, algunos enfermos con determinadas *crisis epilépticas* (que se acompañan de actos violentos en cortocircuito, crisis explosivas, etc., de las que, además, no siempre son conscientes), *trastornos obsesivos*, *brotos psicóticos*, *alcoholismo*, etc.

La mayoría de estas enfermedades se incluyen hoy en esa psicopatología «pesada», a la que se aludía al principio de esta intervención. Algo parecido acontece con ciertos *trastornos de la personalidad* (la personalidad narcisista, pasivo-dependiente, etc.), antes agrupadas bajo el concepto de psicopatías, que no disponen de la necesaria capacidad de autocontrol y, en

consecuencia, están incapacitados para autorregular su comportamiento agresivo.

En estos pacientes está disminuida, atenuada o extinguida su responsabilidad, variando mucho el comportamiento agresivo, en función de las alteraciones que sufren. En muchos de ellos, no obstante, su comportamiento no dispone de ningún freno. De igual modo que son incapaces de experimentar sentimientos de culpa, tras de acometer o realizar tales acciones, están también incapacitados para aprender de sus propia conducta que, de ordinario, tienden a repetir en el futuro.

Algo parecido sucede en ciertos *violadores*, en los que muy frecuentemente el comportamiento violador coexiste con otras graves perturbaciones psicopatológicas (comorbilidad), que deben examinarse y atenderse con el oportuno rigor. Por esta causa, en algunos de ellos la responsabilidad está atenuada, independientemente de que tal trastorno condicione o no recaídas futuras.

La *hiperactividad infantil* constituye otra alteración en la que se concita con frecuencia, sobre todo en la adolescencia, el comportamiento agresivo. En estos casos, el consumo de alcohol y de drogas intensifica y amplía el repertorio agresivo del paciente. Y aunque la hiperactividad pueda disminuir su responsabilidad, el consumo de esas sustancias podría también aumentarla, sobre todo si tal opción se elige con plena deliberación.

Puede concluirse, pues, que muchas de estas manifestaciones, agrupadas en el marco de la psicopatología «pesada», tienen su fundamento en una alteración biológica, es decir, constituyen auténticas enfermedades que, según los casos y las circunstancias, pueden disminuir, en mayor o menor grado, la responsabilidad del paciente respecto de su conducta agresiva. No obstante, interesa dejar constancia aquí de que, con ser relativamente frecuentes, los trastornos, antes aludidos, constituyen un sector muy excepcional a la hora de explicar la incidencia de agresividad en la actual sociedad.

Por contra, hay muchas manifestaciones agresivas que no pueden explicarse desde los datos de que actualmente dispone la psicopatología. Para la justificación de otras, en cambio, sí que podemos apelar a lo que se ha dado en denominar *psicopatología «ligera» o «menor»*. Se trata por lo general de comportamientos agresivos —por otra parte, muy extendidos— que se presentan como relativamente dependientes de ciertas alteraciones psicopatológicas menores, casi siempre vinculadas al mal uso de la libertad personal, al menos, en las etapas inicia-

les. Más tarde, tales comportamientos pueden transformarse en alteraciones psicopatológicas más graves –con disminución de la responsabilidad personal–, que podrían ser incluidas en la psicopatología «pesada». Esto quiere decir que entre ambos bloques de alteraciones hay una fluida y sutil comunicación, y que no siempre es fácil dilucidar dónde establecer la frontera entre ellas, como determinar el momento o la circunstancia en que una alteración se metamorfosea y transforma en otra.

Estas manifestaciones de la psicopatología «ligera» son especialmente frecuentes en los jóvenes de hoy. Niños y jóvenes son muy vulnerables a sufrir estas alteraciones, dado el actual contexto sociocultural. La *incapacidad para controlar los propios impulsos*, el *consumo de alcohol y drogas*, el *fracaso escolar*, la *permissividad en la educación familiar*, la continua *exposición a lamentables modelos de imitación*, el *escepticismo*, la *confusión axiológica* y el intenso *relativismo* que caracteriza a una no siempre bien entendida *educación en la diversidad*, son características obviamente inevitables del pluralismo social, pero que también pueden suscitar, favorecer o acrecer la incidencia de algunos comportamientos agresivos. Y contra estos últimos el clínico no es demasiado eficiente, puesto que no es su función modificar las estructuras sociales –eso corresponde a los políticos–, que parecen desencadenarlos. He aquí la espina en la carne de la psiquiatría y hasta de los psiquiatras.

Disponemos de numerosos ejemplos –y muy elocuentes, por cierto– de estas manifestaciones comportamentales. El *juego de roles*, las *ludopatías* y el comportamiento de las cada vez más variadas *«tribus urbanas»* constituyen ejemplos emblemáticos de ciertas conductas que, más tarde, pueden evolucionar hacia trastornos psicopatológicos agresivos, ya rigurosamente objetivos y objetivables. En muchos de estos jóvenes no se puede constatar inicialmente la existencia de ninguna entidad morbosa que salga garante y pueda explicar su comportamiento agresivo. Aquí los factores socioculturales más diversos hacen sentir su poderosa carga etiológica sobre la aparición, sostenimiento y perpetuación de estos comportamientos agresivos. Y eso independientemente de que más adelante puedan devenir o no tales manifestaciones en auténticos síntomas psicopatológicos.

En ocasiones, es suficiente con que un joven tenga un *conflicto con la ley* (basta con que con una alta tasa de alcoholemia, por ejemplo, se salte un semáforo la noche del viernes y se enfrente a la policía). A partir de aquí, es posible que su resentimiento y actitudes vindicativas le conduzcan a nuevos conflictos, originándose una imperceptible e ininterrumpida escalada

en su conducta agresiva. El inicial conflicto con la ley se prolonga luego en conductas delictivas que, con su repetición, pueden acabar por transformarle en un *delincuente*, *psicópata* o *sociópata*. Estos hitos se encuentran con demasiada frecuencia en la psicobiografía de muchos *jóvenes marginales*, describiendo un riguroso «iter» que, sin ser determinante, condiciona muy seriamente el porvenir psicopatológico de la persona.

Ante hechos como estos, no es aceptable ni el escándalo ni la descalificación global de la juventud con etiquetados inadmisibles y tan injustos como carentes de fundamento. Cualquier persona, por madura que sea, puede incurrir en el comportamiento agresivo. Aquí importa más saber hacerle frente, prevenirlo, evitarlo antes de que sea tarde, es decir, optimizar el autocontrol respecto de los propios impulsos –los hay también excelentes–, de manera que obtengamos la autorregulación del comportamiento personal que nos define y caracteriza como personas libres.

No conviene escandalizarse, cuando descubrimos que en el hondón de nuestra intimidación barbotan sentimientos encontrados, impulsos contradictorios, tendencias discrepantes. El ser humano tiene capacidad de integrar valores y antivalores, sólo aparentemente divergentes. Es preciso asumir lo que somos, la totalidad de nuestro ser, aceptándonos a nosotros mismos, también en esos radicales cuyo descubrimiento acaso nos deje inicialmente confundidos. La persona es un ser solucionador de problemas, y de problemas que primaria e inmediatamente a él mismo le atañen. «Rasgarse las vestiduras» al desvelar tales impulsos, ciertamente contradictorios, connota una actitud poco realista: la de la persona que tal vez ha confundido su ser real con el «yo ideal». Para madurar hay que aceptarse a sí mismo, de manera que, conociéndonos, podamos rebelarnos –con esa gallardía que caracteriza la grandeza del misterio humano– contra lo que entendemos es preciso cambiar en nuestro ser para llegar a satisfacer el proyecto que hemos concebido de llegar a ser la persona que somos, la mejor persona que, según nuestras posibilidades, podemos llegar a ser.

Poco importa que esta tarea autotransformante y transformadora nos suponga un cierto esfuerzo. En ello nos va mucho, porque precisamente en eso consiste ser hombre. Constituiría una minimización de lo que acabo de decir, si alguien interpretase esto únicamente como una estrategia preventiva de los trastornos psicopatológicos «ligeros». Más allá de ese ineludible alcance preventivo que tal modo de comportarse también conlleva, lo que importa aquí, sobre todo, es el encaminamiento a la rigurosa conquista de la felicidad personal.

Las actitudes descalificadoras globales son injustas. Nadie puede atribuirse el papel de juzgador de la juventud, sobre todo si la ignora y si, como suele suceder, nada ha hecho por contribuir a incrementar su crecimiento potencial, que siempre es a la postre un crecimiento exponencial, que reobra sobre la entera sociedad. A quienes se instalan en estas injustas actitudes habría que interrogarles acerca de lo que ellos han hecho y hacen por los jóvenes, en qué medida son solidarios con ellos, qué modelos de conducta están ofreciendo a los que tienen más cerca, de qué manera aplican solidariamente sus conocimientos, experiencias y poder en favor de los jóvenes. Tal vez habría que recordarles aquella afirmación que William Shakespeare pone en boca de uno de sus personajes en «Measure for measure»: «Excelente cosa es tener la fuerza de un gigante; pero usar de ella como un gigante es propio de un tirano».

Psiquiatrofobias, psiquiatrofilias y opinión pública

«¿Cree Ud que estamos todos locos?», «¿Es verdad que aumentan las enfermedades psiquiátricas en la sociedad actual?», «¿A qué se debe el crecimiento de los conductas agresivas entre los jóvenes?»

Preguntas como las anteriores suelen ser frecuentes, hasta el punto de constituir una rutina bien establecida en cualquier entrevista del periodista al psiquiatra. Y, sin embargo, casi nunca generan el efecto buscado, dejando a unos y otros insatisfechos.

Es muy difícil contestar a esos interrogantes. ¿Por qué? Seamos rigurosos. En primer lugar, no disponemos actualmente de los necesarios estudios epidemiológicos que nos indiquen la prevalencia e incidencia del comportamiento agresivo juvenil. En segundo lugar, no podemos hacer una estimación de su aumento o disminución y esperar que sea fiable, basándonos en meras experiencias subjetivas, por otra parte demasiado pobres y nada científicas. Además, no podemos establecer la necesaria comparación con lo que sucedió en el pasado, del que carecemos también de datos epidemiológicos. En tercer lugar, la psiquiatría evoluciona muy rápidamente y los criterios diagnósticos hoy disponibles no coinciden con los de antaño. Y, en cuarto lugar, porque la intencionalidad de la pregunta casi nunca se dirige al tratamiento y prevención de estos trastornos, sino más bien a conseguir un dato escandalizante, que con facilidad pueda ser transformado en «noticia».

Son, pues, preguntas sin respuesta. No podemos afirmar que el comportamiento agresivo juvenil va en aumento cuando en la actualidad no se ha evaluado, cuando jamás se evaluó en el pasado y cuando los indicadores de que disponemos (memoria de la Fiscalía General del Estado) son indirectos y demasiado toscos como para fundamentar en ellos, a este respecto, un juicio conclusivo. En estas circunstancias, lo que suele ocurrir es que el discurso resultante esté varado en atribuciones erróneas, muy sesgadas culturalmente en función de cómo se perciban los valores ahora presentes en nuestra cultura.

No obstante, sí que puede sostenerse la presencia de muchos factores socioculturales, hoy vigentes, que pueden estar condicionando la emergencia de esa supuesta –y posiblemente real– mayor frecuencia e intensidad de los comportamientos agresivos.

Para su explicación, no obstante, algunos optan por recurrir a la psicopatología. No parecen tener inconveniente en arrojar-se en brazos de la psiquiatría para ofrecer una débil, blanda e insatisfactoria explicación de los males de nuestro tiempo. Su amor por la psiquiatría –*psiquiatrofilia*– se manifiesta en las conclusiones a las que llegan. Unas conclusiones éstas muy poco conclusivas, más aún cuando se introducen a favor de una de las partes.

Es comprensible –aunque no justificable– tal modo de proceder. Cuando no disponemos de razones para explicar satisfactoriamente los problemas que atañen a los más jóvenes –y cómo resolverlos–, es lógico que surja la angustia. Pero la angustia es mala compañera de la razón. Por eso, no parece que sea admisible justificar –y hasta legitimar– estos comportamientos apelando a ese fácil etiquetado en que incurren de que «los jóvenes están locos».

Ni siquiera las lacerantes e indignas peleas entre las «tribus urbanas» podrían explicarse según este modelo. Pues si se admite que todos los jóvenes están locos, entonces no puede establecerse ninguna diferencia entre la locura y la normalidad, ni justificarse porqué la mayoría de los jóvenes no incurren en esos comportamientos.

Ningún psiquiatra medianamente formado sostiene hoy que todos los delincuentes, por el hecho de comportarse en el modo en que lo hacen, padecen un trastorno psicopatológico. Es cierto que muchas de las personas que delinquen están trastornadas. Pero no todas y no por definición. Es preciso defenderse contra esa estereotipia social y cultural, vejadora para los jóvenes y desdeñadora para la ciencia. Cuando algo no va en nuestra

sociedad, lo primero que hay que hacer es estudiar lo que sucede. Los etiquetados deben dejarse siempre para después, una vez que se han probado las hipótesis que intentaban explicar esos comportamientos. Por el contrario, si apelamos al etiquetado –tan injusto como ineficaz– muy poco podremos hacer en favor de ese problema. Manifestar que los jóvenes no se controlan, que han perdido el control de sí mismos nos conduce a no hacer más indagaciones. Una vez que se ha apelado a lo excepcional –la incapacidad de autocontrol– y que tal aparente justificación se ha diseminado socialmente –los «mass media» contraen aquí una grave responsabilidad–, es prácticamente imposible que se arbitren las medidas convenientes para su solución.

La otra opción tampoco resulta inadmisible. Viene a sostener ésta que los jóvenes agresivos están completamente sanos, que su conducta es un reflejo de la educación permisiva que han recibido, de la crisis de autoridad que nos caracteriza, de la crisis de valores que hoy resulta especificante de nuestra sociedad. Quienes así opinan están en principio en contra de la psiquiatría, a la que ignoran por completo. Estas actitudes antipsiquiátricas –*psiquiatrofobia*– sólo están varadas en la ignorancia. Por eso apelan a otra solución: el cambio social, que nadie trata de acometer. Pero como éste resulta muy complejo, dado el respeto a la diversidad que hoy campea y al tozudo hecho de lo multicultural, las más de las veces atribuyen a los jóvenes la plena responsabilidad de su conducta agresiva. De aquí que propongan el endurecimiento de las leyes, «caiga quien caiga». Se muestran partidarios de acabar –no se sabe cómo– con los graves conflictos que ocasionan las «cabezas rapadas», aplicándoles simplemente el peso de unas leyes más rigurosas. Este etiquetado tampoco es eficiente, aunque pueda generar una parcial y transitoria tranquilidad en quienes así lo promocionan.

El *consumo de drogas y alcohol*, por ejemplo, tiene mucho que ver con la conducta agresiva, cualquiera que sea la persona que consume en exceso esta sustancia. El alcohol siempre actúa deprimiendo el sistema nervioso y distorsionando las funciones del lóbulo frontal, funciones que son irrenunciables respecto de la autorregulación del comportamiento. La excesiva estimulación del cerebro medio, que tras su consumo se produce, unido a la inhibición de los lóbulos frontales, permite la emergencia de la conducta instintiva e impulsiva y, en cierto modo, la primitivización de la entera personalidad.

La mayoría de las drogas que hoy se consumen –aun tenien-

disminución radical la capacidad de autocontrol, restringiendo todo el arco motivacional de la persona a sólo su satisfacción urgente y necesitada. El estado de necesidad resultante, –sobre el cual la persona no ejerce apenas control–, propicia una mayor agresividad y amplía y dilata las posibilidades de delinquir.

Esto quiere decir, que ni las actitudes psiquiatrofílicas ni las psiquiatrofóbicas son útiles hoy para aliviar la agresividad juvenil. Aquí los etiquetados globales no sirven para nada. Más que hablar de juventud, habrá que atenerse en cada caso a este o aquel joven que así se comporta, indagando en su personalidad, valores, actitudes y conductas; identificando los diversos factores socioculturales, familiares y laborales que en él se concitan; e individuando los posibles trastornos psicopatológicos que tal vez pueda padecer. Sólo así podrán aliviarse problemas como el de la inseguridad ciudadana, las drogodependencias y los comportamientos violentos, que destruyen el tejido social después de atentar gravemente contra la dignidad de las personas.

En este punto, la opinión pública tiene mucho que hacer. No se olvide que la implantación o expansión de determinados modelos justificativos de los males de nuestro tiempo siempre están de una u otra forma mediados por los «mass media». Si la opinión pública no cambia, es muy difícil –prácticamente imposible– que puedan cambiar los comportamientos de los jóvenes agresivos, así como de quienes acaso estén contribuyendo sin saberlo a que aquellos se perpetúen, por mor de un etiquetado falaz, incoherente y, sobre todo, injusto.

Fracaso escolar y agresividad

El fracaso escolar es también un importante factor en la emergencia de la conducta agresiva. Lo que para el adulto representa el trabajo profesional, para el niño está significado por el rendimiento académico, por los resultados que obtiene en la escuela. Una persona joven que obtiene buenas calificaciones, que está contenta, que se lo pasa bien en clase, que ama lo que aprende y está por ello motivado, difícilmente incurrirá en un comportamiento violento o agresivo.

Es posible establecer una cierta analogía entre el éxito profesional y el éxito académico, entre los resultados económicos que se obtienen y los resultados académicos logrados, entre las posibilidades y criterios de autorrealización de los mayores y de los jóvenes, aún cuando admitamos lo que ineludiblemente

Hay mucha relación entre cómo se percibe la sociedad y cómo se percibe uno a sí mismo. La autoestima resulta aquí fundamental. El profesional que percibe su trabajo como algo rutinario, mecánico y sin sentido, suele estar desmotivado. Algunos trabajan precisamente en lo que más odian. De aquí que vivan su situación laboral como una condena a azotes y en galeras. Su rendimiento será naturalmente muy bajo, su desmotivación enorme, muy grande su resentimiento social, y su vida un infierno. Algo parecido sucede en los jóvenes estudiantes que detestan lo que estudian, que entienden, como dicen muchos, estar preparándose para el paro y a los que resulta insufrible aguantar tantas horas diariamente en el aula.

Por eso es urgente que los jóvenes que frecuentan las clases vayan a pasárselo bien, independientemente de que todo aprendizaje suponga un mayor o menor esfuerzo. Si algo está funcionando mal, —el sistema, el profesor o el mismo alumno—, es menester solucionarlo. No se pueden cerrar los ojos ante ese cáncer lacerante y ruinoso de la educación que es el fracaso escolar. De lo contrario, continuará suscitándose con harta frecuencia el comportamiento agresivo.

El alumno es el protagonista de la educación; el profesor es sólo quien le ayuda a aprender. Tal vez por eso, el segundo ha de adaptarse al primero, para sacar de él todo lo bueno que lleva dentro y que sólo se desvelará mediante la educación. Aprender no puede ser sinónimo de sufrir; enseñar tampoco es una tarea que tenga que identificarse forzosamente con el sufrimiento. Unos y otros están concitados en un único y mismo proceso, que resultará tanto más fructífero cuanto mayor sea la motivación recíproca que se dé entre ellos.

El fracaso escolar arroja actualmente en España una tasa insufrible de casi el 40%, según fuentes del Ministerio de Educación y Ciencia. Si consideramos que el aula nacional asciende a seis millones de jóvenes, el número de personas afectadas por este grave problema resulta intolerable. Y lo más grave no es la obtención de un rendimiento escolar inaceptable, sino lo que esa experiencia tiene de fracaso vital y personal, que arruina la autoestima, empobrece el nivel de aspiraciones, hipoteca el futuro, configura un autoconcepto negativo, destruye las habilidades sociales y, en consecuencia, predispone al joven contra la sociedad y la intolerancia.

Si disminuyera el fracaso escolar habría menos agresividad, menos delincuencia en la calle, más seguridad vial. Cuando una persona está contenta de sí misma, es más probable que también lo esté de lo que le rodea, es decir, de la sociedad en que vive, del colegio que frecuenta, de la casa en que mora.

Es preciso que los jóvenes crezcan en dignidad personal y autorrespeto. Y para ello es muy conveniente que cada uno de ellos trabaje en lo que quiere y quiera lo que trabaja, simultáneamente que el profesor focaliza su atención más en desvelar lo que cada uno tiene de positivo —para mostrárselo y ayudarle a crecer— que lo negativo.

Psicopatología urbana, anonimato y agresividad

Mientras celebramos este IV Symposium de Infancine nos estamos acercando, imperceptiblemente, a la Navidad. Estas fiestas están rodeadas de un halo de nostalgia y ternura, al que es muy difícil escapar. Lo lógico sería que tal significado se asomase a nuestro comportamiento. Y, sin embargo, no es así. Cuando se acerca la Navidad, la gente conduce más deprisa, más agresivamente y con más violencia. Es completamente absurdo que una persona se dirija, por ejemplo, a felicitar a su familia y que, mientras va conduciendo su vehículo, vaya insultando a otros conductores. En unas circunstancias así, ¿no sería mejor no felicitar a nadie, y quedarse plácidamente en casa? He aquí una paradoja. Nos estamos preparando para una estupenda fiesta de familia y, sin embargo, estamos más tensos que antes, hasta el punto que nuestro comportamiento deviene azacanedo, montaraz y violento.

Y hasta es muy probable que algunos caigan en fragantes contradicciones, como la de escribir *Cristmas* el día 24 en su casa, deseando a sus amigos y conocidos un feliz año, unas felices fiestas, una feliz Navidad e interiormente estar contrariados o malhumorados. La paradoja y el sinsentido son obvios: Está deseando a los demás lo contrario de lo que personalmente está experimentando, precisamente a causa de lo que está haciendo. Construye, manifiesta y anhela algo bueno para los otros en que él mismo no sólo no participa sino que, por su causa, experimenta exactamente lo contrario.

Por supuesto que hemos de asumir esas y otras contradicciones, dada la amplia capacidad de asunción de la persona humana. Pero si son evitables —y a fe mía que los son—, eviténse. De lo contrario, es posible que emerge una conducta desabrida que acaba por generar conflictos familiares, muy contrarios a las actitudes festivas. Si se persiste en este modo de comportarse, más tarde, la insatisfacción laboral, la incomunicación, el aislamiento y la soledad hacen su aparición. Asistimos así a la puesta en escena de una más que dudosa salud mental compatible.

si se prolongase, con ciertos trastornos psicopatológicos menores.

Cierto que los conflictos –muy excepcionalmente insufribles– que suscitan los grandes núcleos urbanos conviven con nosotros cada día, sin al parecer mostrar ningún respeto por la Navidad. Ciertamente también, que en unas circunstancias así –de prolongados atascos, prisas y comportamientos truculentos– es muy fácil perder la calma. Pero no es menos cierto que la persona puede resistir y tolerar esas circunstancias, por graves que sean, o tratar de solucionarlas antes de problematizarlas todavía más con la irrupción del comportamiento agresivo.

No cabe duda que los grandes núcleos urbanos suscitan con mayor facilidad que los núcleos rurales comportamientos agresivos en los ciudadanos. Entre otros muchos factores que podrían citarse aquí, por configurar el estilo de vida que les es propio. En efecto, la comunicación interpersonal se presenta erizada de dificultades, siendo preciso salvar casi siempre las grandes distancias y las sutiles pero eficaces barreras que ponen distancias entre las personas. No parece que las grandes ciudades sean propicias para el encuentro humano, especialmente para el encuentro no previamente programado. En ese contexto es muy frecuente el uso de expresiones como «tenemos que toda veracidad», y, sin embargo, es muy infrecuente que esas personas, realmente interesadas, coincidan, se vean y puedan comunicarse con cierta parsimonia.

El aislamiento y la soledad no convienen a las personas. Ninguna persona llegaría a ser la que es sin la ayuda de los demás, como ha puesto de manifiesto Lévinas. El ser humano está diseñado para ser naturalmente solidario, con independencia de que personalmente lo seamos o no. La persona es un ser irrestricto que por naturaleza está abierto a los otros. Si no se desarrolla y satisface la dimensión social de su personalidad, ningún hombre llegaría a ser él mismo, el que es, quien quiere llegar a ser.

La crispación y el ensimismamiento no nos ayudan a crecer y hacen de la «polis» un lugar inhabitable, por cuyo defecto el mismo ordenamiento social resulta amenazado. La indiferencia respecto de la sociedad, cuando va entrecruzada de conductas agresivas, puede mudarse en comportamiento antisocial. Surgen así las sociopatías que se acunan en la anomía. Si la persona no se gobierna por ninguna ley –anómico significa sin ley–, es imposible articular la necesaria coordinación que hace posible la emergencia de lo social. El comportamiento anómico

tiene, entre otras muchas, dos fatales consecuencias: en primer lugar, la ruptura del tejido social; antes que delincuentes, las personas son insolidarias, aunque la intensificación de la conducta insolidaria puede prolongarse en la delincuencia. Y, en segundo lugar, como consecuencia de esa ruptura del tejido social, el comportamiento anómico frustra el despliegue de la persona en el mundo, lo que empobrece a ella misma al imposibilitar su acrecentamiento y realización singular. Atacando a la sociedad nos atacamos a nosotros mismos. Del mismo modo, si a nosotros mismos nos arruinamos, es prácticamente imposible que optimicemos el entramado configurador del tejido social.

La solidaridad no es un valor porque ahora esté de moda y del cual se hable demasiado. La solidaridad debe encarnarse en el comportamiento. La solidaridad es una verdad que ante todo ha de hundir sus raíces en la conducta, algo que es más necesario vivir que proclamar, o al menos proclamarlo de forma encarnada con el ejemplo de la vida diaria.

En realidad todos somos interdependientes, de manera que nada de los otros nos resulta indiferente. Veamos un ejemplo. No cabe duda que la inteligencia de cualquiera de ustedes es algo muy personal. Y, sin embargo, personalmente, su inteligencia me atañe, me afecta, me importa, hasta el punto de sentirme continua e inevitablemente interpelado por lo que cada persona haga con ella.

Supongamos que algunos de ustedes son estudiantes de Ciencias de la Educación. En principio, pueden hacer con sus capacidades cognitivas lo que quieran, incluso estudiar muy poco y salvar mediocrementemente cada curso. Supongamos –y considero que no es forzada tal consideración– que diez años más tarde es profesor de uno de mis hijos. Y que conforme al nivel de formación alcanzado es una profesora mediocre, desmotivada, cuyas clases suponen un cierto sufrimiento a quienes las frecuentan. Si mi hijo se desmotiva en su aprendizaje, si no se incentiva a crecer y dar de sí todo cuanto puede, habrá que concluir que la inteligencia, en efecto, era suya (de la actual alumna en cuestión), pero la desmotivación que a su través se ha operado en mi hijo es de él (de mi hijo).

Los ejemplos pueden multiplicarse. Consideren el caso de un estudiante de periodismo que sólo va pasando los cursos más o menos, que no lee a los clásicos ni a los modernos, que apenas si ejercita su pluma imitando a los buenos columnistas y tratando de consolidar su personal estilo literario. Si, al cabo de cinco años, le concedo una entrevista y, como no tiene pluma, se limita a poner en mi boca sólo vulgaridades, habrá que preguntar-

se si ha hecho daño o no. En efecto, la inteligencia era y es suya, y suyo también el uso que de ella ha hecho; pero el efecto por ella generado –la mala entrevista resultante– es sobre todo mío, recae sobre mí. Soy yo el que sale malparado de ese mal uso y, más allá de mí, la entera sociedad a la que compete el derecho de ser informada de la mejor forma posible, con veracidad y dignidad. El ejemplo sería todavía más elocuente y demostrativo –pero no más penoso– si me refiriera a un médico que incurre en una mala práctica profesional, de la que se derivan consecuencias irreversibles para la salud ajena, a causa del mal uso que realizó de su libertad, cuando estudiante.

Exposición a modelos y conductas de imitación

El amplio y complejo contexto social influye en nosotros a través de la exposición a modelos –todos estamos expuestos a ellos, en algún modo– y de las conductas de imitación que a su través se generan. Es una realidad, que a todos nos importa muchísimo lo que opinen de nosotros. Qué duda cabe que el juicio de los demás nos afecta. He aquí un hecho tozudo que ha de estudiarse detenidamente. Tan malo es que nada nos importe el juicio de los demás, como que nos importe sobremanera. En el primer caso, nos estamos autoexcluyendo del contexto social y de lo mucho que podríamos beneficiarnos con esa información, tendente a conocernos mejor y a imprimir a nuestra conducta una marcha más vigorosa y atractiva. En el segundo caso, perderíamos nuestra independencia personal al hacernos excesivamente dependientes del qué dirán. Pues bien, los «modelos» de comportamiento a los que todos estamos expuestos no nos resultan indiferentes, porque tras observarlos tratamos de imitarlos, consciente o inconscientemente, una vez que han sido calificados como valiosos, indistintamente de que lo sean o no.

Deviene en modelo para nosotros, aquella persona que percibimos como valiosa, es decir, aquella que –según nuestra opinión– ha realizado en sí, ha encarnado valores que nosotros no tenemos, y de los que con toda seguridad nos gustaría disponer.

¿Qué acontece a una persona que admira a otra por haber realizado en sí los valores que la primera no tiene? Pues que con harta frecuencia, a través de la interacción personal que entre ellas se establece, surge con mayor o menor espontaneidad tras la observación, la imitación. Y eso sin tener conciencia, en la mayoría de las ocasiones, de que la estamos imitando.

En las primeras etapas de la vida, el aprendizaje por imitación –aprendizaje vicario u observacional, como ha puesto de manifiesto Bandura– es muy intenso. A la edad de veinte años, este aprendizaje es menos relevante, pero es todavía importante. A los cuarenta años apenas si hay imitación; y a los sesenta la conducta está tan bien asentada y establecida que casi tiene las características de lo automático e irreversible. A la imitación sigue la interiorización y tras esta, la persona acaba identificándose con el modelo. Buena porción de nuestra identidad se ha construido por esta vía, a pesar de que ello nos sea ignoto.

¿A qué modelos de imitación, sociales y culturales, estamos expuestos, especialmente ustedes, que son más jóvenes? En primer lugar, a la familia. El *modelo familiar* es el más relevante en las primeras etapas de la vida. El padre y la madre son para el hijo, a qué dudarlos, los seres más significativos. Es lógico que sea así, dependiendo del afecto, del aprendizaje, de la educación recibida y hasta de la mayor o menor cercanía física que haya entre ellos. Por eso si la familia es muy permisiva, poco afectiva, o hay conflictos continuos entre ellos, tal modelo de exposición puede causar estragos en los hijos, algunos de ellos irreversibles.

En segundo lugar, el *modelo escolar*. Después de los padres, las personas más relevantes, por más cercanas para los jóvenes, son los profesores. En este contexto, hay que afirmar que el profesor no sólo educa cuando imparte unos determinados contenidos –los que competen a la asignatura que explica–, sino que educa con todo: con su modo de comportarse y de responder a los pequeños conflictos ocasionados en el aula, con el cumplimiento de la palabra empeñada, y hasta con el modo en que expresa sus emociones. Por eso a los profesores hay que pedirles que den todo o casi todo lo que pueden dar. Y, simultáneamente, han de pedir también a sus alumnos sean capaces de crecer todo cuanto sus posibilidades les permitan.

¿Cuántos alumnos no han descubierto su vocación profesional y hasta un cierto estilo de vida, al calor del modelo que, sin apenas saberlo, un día lejano vieron realizado en su profesor? Pero también, ¿A cuántos alumnos no se les hizo antipática una determinada asignatura, hasta el punto de condicionar su futura trayectoria profesional, sólo por el mediocre modelo de profesor al que fueron expuestos?

Y, en tercer lugar, el *modelo social*. La sociedad plural y abierta en que vivimos nos procura todo tipo de intercambios e interacciones con las personas que nos rodean. La convivencia social se nos ofrece como un curioso juego, en cuyo alcance

apenas si reparamos, a pesar de su incidencia en el moldeamiento de la propia personalidad. El extraño e incontrolable juego social configura, en cierto modo, nuestro talante personal, los gestos que hacemos, las convicciones en que creemos, las actitudes y comportamientos que nos caracterizan.

Los juegos son más importantes de lo que creemos. Para ser tal juego tiene que haber reglas. No hay juego sin reglas. Y con las reglas hacemos la primera interiorización de lo que, más tarde, acaso sea nuestro personal código de conducta al que sujetarse. Estas reglas y su seguimiento conducen, sin duda alguna, a la socialización. El sujetarse a unas normas –las que sean– transforma el aprendizaje lúdico en aprendizaje cívico y social, configurando esa segunda naturaleza que, por mor de la socialización, toda persona adquiere. Este aprendizaje nos predispone a una mayor facilidad para obrar en un determinado sentido, entre otros al atenuamiento de lo que constituye el ordenamiento social manifestado en el código civil y penal. Junto al aprendizaje lúdico –por señalar tan sólo uno de ellos–, forman parte del modelo social ese vasto y dilatado ámbito –incomensurable– de todos los comportamientos ajenos a los que nos exponemos que, de forma tan versátil y sutil, inspiran, modulan y casi esculpen nuestras futuras conductas. El cine y la televisión son, obviamente, dos medios importantísimos e irrenunciables que estudiaremos en las líneas que siguen.

El cine, la TV y el encadenamiento perceptivo-emocional-cognitivo

En la televisión y el cine, se produce un encuentro especialmente significativo entre la persona y su medio. A pesar de la numerosa bibliografía disponible sobre este particular, no conocemos bien las relaciones existentes entre el espectador y el cine y la televisión. El efecto es, sin duda alguna, fascinante. Tanto la televisión como el cine funcionan, con un lenguaje icónico y apenas simbólico, en el que el espectador es naturalmente instalado en la pasividad. Sucede aquí algo parecido a lo que ocurre en una sesión de hipnosis. Para su desvelamiento acaso convenga que limitemos nuestra atención a lo que sucede, cuando nos exponemos ante estos medios, en las tres funciones psíquicas siguientes: perceptiva, afectiva y cognitiva.

Desde el punto de vista *perceptivo*, el espectador se instala ante una especial fuente estimular. Para quien lo percibe, nunca hay estímulos indiferentes, aunque unos tengan mayor pre-

nancia y saliencia que otros. Un estímulo tiene tanta más pregnancia perceptiva cuanto mayor sea su capacidad de absorber nuestra atención, sin que apenas juguemos un papel activo en lo que percibimos. En la televisión, concretamente, la mayoría de los estímulos son muy pregnantes. Y ello porque para alcanzar su significado, tenemos que recomponerlos en cierto modo en nuestra cabeza. El abigarrado evento de partículas que nos llegan a través de las modalidades sensoriales visual y auditiva han de ser luego redimensionadas en los lóbulos occipital y temporal (áreas visuales y auditivas), codificando esa información hasta alcanzar un significado.

La percepción de una película, no es igual que la percepción de un paisaje. Un paisaje tiene menos pregnancia y nos permite una mayor independencia sensorial. Por eso, quedamos menos «colgados» respecto de él al contemplarlo; también el significado que tras de su contemplación alcanzamos es más diverso y plural, en función de cual sea el repertorio de funciones y el grado de actividad que los espectadores ponen en marcha.

Algo parecido sucede con la lectura de un libro. En el libro la información a la que se enfrenta nuestra modalidad sensorial visual está constituida por letras, palabras y frases, que hemos de leer, decodificarlas y codificarlas. Y su pregnancia es menor que la del cine o la TV, entre otras cosas por ser estímulos simbólicos y no icónicos, que se sitúan a un diferente nivel cognitivo y epistemológico. Por tanto, el lector del libro queda menos adherido al estímulo, por ser menor el alcance de su pregnancia perceptiva y, en consecuencia, mayor la actividad que ha de realizar, lo que le confiere mayores grados de libertad.

Lo mismo acontece con la acción de escuchar. En este caso, es mayor la atención auditiva que es menester disponer para la escucha, de manera que codifiquemos la información y reconsideremos el significado de lo que nos llega, que, en cierto modo, acaba por «reconstruirse» a partir del estilo perceptivo, de la memoria y de la experiencia previa del oyente. En la televisión, por contra, no sucede así; en la información que la televisión nos provee, el comportamiento del espectador es mucho más pasivo y dependiente, y el significado que se le alcanza más directivo, homogéneo y despersonalizado.

¿Qué sucede a nivel *afectivo*? El ser humano está modulado de tal manera, que tampoco nos es indiferente la carga afectiva del comportamiento de las personas que nos rodean. Es muy infrecuente encontrar a alguien que cuando ve a otra persona sufrir, ella misma no sufra. Ciertamente hay algunas personas desalmadas, sin apenas corazón, frías y distantes, afectadas casi

siempre por un grave trastorno de la personalidad. Pero de ordinario, sufrimos con las personas que sufren y nos alegramos con las personas que están alegres, que irradian alegría y acaban por contagiárnosla. A ese proceso natural se le conoce con el término de *empatía*.

Nada de particular tiene que cuando, por ejemplo, la trama de una película muy sentimental se nos mete en el corazón, nos sentimos fuertemente interpelados por sus protagonistas hasta el punto de sintonizar, revivir e identificarnos con lo que a ellos sucede. Esto pueden comprobarlo en casa. Basta con que observen a hurtadillas los ojos de quienes están viendo la película. Se sorprenderán de hasta qué punto se conmueven con lo que están observando. Algunos, muy discretamente, sacarán el pañuelo para enjugar la lágrima traicionera que les acusa.

He aquí una característica peculiar más de la condición humana. Los sucesos, afectivamente relevantes, de la vida de los personajes de una película, nos afectan y nos hace vibrar, hasta co-sentir y compartir con ellos la trama de sus vidas.

Lo mismo sucede desde el punto de vista *cognitivo*. Las trayectorias biográficas de los diversos personajes se manifiestan en sus conductas respectivas. El puro despliegue del comportamiento humano individual se dirige inexorablemente a formar como una especie de «tejido» respecto de otras conductas humanas, convergiendo en un determinado significado. En cierto modo, la observación de una película cualquiera, no es otra cosa que la exploración de los comportamientos de ciertos personajes, tal y como éstos se despliegan, concitan o contradicen en el tiempo.

La exposición a estos modelos de comportamiento constituye el núcleo esencial de los efectos de la TV sobre el espectador, por cuanto a su través, éste aprende a formular ciertos problemas –ignotos para él hasta ese momento– y, lo que es más importante, a entender el modo cómo se afrontan y resuelven. Sobre esta base se asienta el comportamiento imitativo de muchos niños.

Un niño de cinco años, por ejemplo, tras observar una película del oeste sorprende y se sorprende a sí mismo desenfundando sus imaginarias pistolas, cuando su madre le corrige. ¿Ha aprendido eso en la guardería? ¿Se lo han enseñado en la escuela? No; y, sin embargo, ya lo está realizando. Es que está imitando lo que observó que hacía, en parecidas circunstancias, el personaje principal de tal vez su película favorita.

El itinerario de la conducta imitativa infantil sigue con frecuencia los hitos siguientes: El niño procede construyendo una

analogía –poco importa que sea adecuada o inadecuada– entre la situación y la conducta del protagonista de la película y él mismo y su situación. Ese proceso analógico acabará por moldear su mapa cognitivo, aventurando teóricamente posibles soluciones –de las que antes no disponía–, respecto de cómo solucionar sus propios conflictos. Ahora dispone ya de ciertos «esquemas» cognitivos de los que anteriormente no estaba dotado. Cuanto más motivado esté por su «héroe», más intenso será el engrama de esa impronta cognitiva que siendo apenas circunstancial es, sin embargo, muy relevante. Asistimos así a la interiorización de un determinado segmento comportamental, con todo lo que este conlleva de formulación del problema, estrategias de intervención, asunción de significados y valores, etc. Una vez que el esquema ha sido interiorizado, resulta luego muy fácil que el niño se identifique con el personaje, transviviéndose en él, es decir, haciendo carne (el contenido filmico) de su carne (imaginativa) lo que ha observado y está pronto a emerger en sí en forma de comportamiento. Basta con que el niño manifieste ese comportamiento para que, finalmente, se consolide el proceso de aprendizaje.

Por eso, no es cierto que la observación de un film sea una experiencia neutra o que vayamos al cine sólo a distraernos o pasar el rato. Esta puede ser la motivación aparente, pero hay otra motivación subterránea, no por escondida menos importante. A mi entender, se trata del aprendizaje de ese ámbito donde el niño encuentra la necesaria inspiración para saber luego a que atenerse y cómo comportarse respecto de sus problemas, dificultades, etc., es decir, la trama de lo que ya constituye su dilatada, amplia e inexperta vida, en parte real y en parte sólo imaginativa.

A lo largo de este proceso es como el espectador deviene en actor, tanto más cuanto que el encadenamiento perceptivo, emocional y cognitivo acontecen simultáneamente –aunque apenas se tenga conciencia de ello–, y unos y otros reobran entre sí, fortaleciéndose y adensándose, hasta vertebrar el esqueleto de lo que más tarde serán vigorizados estilos de comportamiento. Más tarde, la práctica automatizará y optimizará tal modo de proceder.

Al hilo de este moldeamiento comportamental, parece lógica la consideración de sus posibles relaciones con ciertos trastornos, a los que antes se aludió, como formando parte de la psicopatología «ligera». Son bastantes de ellas manifestaciones psicopatológicas, algunas de las cuales tienen una fuerte deuda contraída con la exposición a los estímulos filmicos en que

están inspiradas. Dado que el control sobre estas fuentes estimulantes desencadenantes sí que puede ejercerse, la incursión en dichas manifestaciones ha de juzgarse de una mayor responsabilidad respecto de los padres, productores, programadores y la entera sociedad.

«Quien las imagina, las hace», afirma el viejo refrán castellano. A lo que se podría añadir: todo lo que «quien lo observa, lo imita». Por consiguiente, quien es responsable de su observación o no, también habría de serlo de su posible imitación.

«Akira»

Llegados a este punto, reflexionemos ahora sobre la película que da título a esta intervención. Akira es un film que se estrenó en 1989. Akira es la película de dibujos más cara del mundo –acaso por lo sofisticado y desbordante de sus efectos especiales–, en la que su director, Katsuhiro Otomo, retiene nuestra atención durante 124 minutos.

Akira es también una de las películas más agresivas que pueden contemplarse, hasta el punto de no recomendarse a menores de 18 años, como puede leerse en la carátula del video.

¿Cuál es su contenido argumental? Al final del siglo XX, el gobierno japonés comienza a realizar una serie de experimentos secretos, que finalizan en una guerra nuclear –la Tercera Guerra Mundial–, devastadora de todas las grandes ciudades del planeta.

Treinta años más tarde, se construye una megápolis opresiva e inhumana, Neo-Tokyo, sede de los Juegos Olímpicos que, supuestamente, han de celebrarse en el año 2020. La película arranca con una pandilla de jóvenes –todos ellos motorizados–, cuyos comportamientos aparecen abiertamente enfrentados a la ley. La psicología del grupo está presidida por las desiguales conductas de Kaneda, jefe de la banda, y Akira, personaje este último mitificado, en quien se concentra toda la energía –en parte significativamente transhumana–, y en quien se atisban ciertas posibilidades de resurrección, finalmente desmentidas.

El trasunto de este film no es otro que *el mito del poder absoluto*, sólo que fundamentado en la *pura tecnología*, animada, eso sí, de un extraño transformismo, hasta el punto de encarnarse en alguno de los personajes que, revestidos de tales poderes, pueden desarrollar y desplegar un comportamiento virtualmente omnipotente.

He aquí la clave principal de está en la película, aunque por supuesto no sea la única posible. Las escenas apuntan también a una cierta crítica social: los retazos en que se denuncia la vida infrahumana de las megápolis. Este hecho constatable, y en mi opinión afirmativo, no es, sin embargo, el que ofrece la explicación más eficaz ni de más largo alcance, en su traza argumental. Se apuntan maneras, más o menos realistas y críticas de la vida cotidiana en las grandes urbes, pero son fragmentos y secuencias no suficientemente trenzadas, por lo que no constituye el eje vertebrador de la narración filmica que se ofrece a los espectadores.

Desvelamiento y emergencia de la antropología implícita

La atenta observación del lenguaje filmico gestual y verbal, nos permite bucear en lo que bajo él subyace, es decir, en aquellos trazos fuertes –en Akira excesivamente fuertes, por su intensidad y frecuencia– que, a modo de rasgos comportamentales, están más enfatizados, y cuya reunión posibilita la «reconstrucción» del modelo antropológico implícito inspirador de tal trama.

Esta puede ser una forma alternativa más de aproximarnos al análisis de la narrativa filmica: estudiar lo más rigurosamente posible los rasgos principales que sirven a la identificación de cada uno de los personajes que allí intervienen. Es decir, se trata de individuar las claves de la antropología implícita que están sumergidas en cada personaje y que de forma latente configuran el entramado, la trabazón en que se acunan. De su carácter latente o implícito, en modo alguno debiera inferirse su irrelevancia; más bien lo contrario, puesto que, en algún modo, al ofrecernos su peculiar estilo de comportamiento cada personaje está explicándonos quién es el hombre.

Este especial y soterrado encubertismo antropológico me parece de vital importancia para los jóvenes y menos jóvenes espectadores. Estos contenidos son los que, de forma subrepticia y crítica, inundan la intimidad de los espectadores, sin que apenas éstos reparan en ello. Pero, la mayoría de las veces, esos contenidos asientan su morada en nosotros y nos acompañan a todas partes como si se tratara de nuestra propia sombra. Sólo cuando reflexionamos sobre ellos, cuando los sometemos con esfuerzo a un cierto ejercicio de racionalidad, acaso lo latente devenga manifiesto y acabe por ofrecernos ese apretado haz de

verdades que virtualmente habían pasado inadvertidas a nuestra consideración. Para su indagación, basta con que nos preguntemos ¿qué modelo de persona emerge en un personaje de la concreta narrativa fílmica a la que libremente nos exponemos?

A continuación se pasará revista a las siete cuestiones que, en opinión de quien esto escribe, constituyen los puntos antropológicos cardinales, meramente orientativos, para una interpretación más rigurosa de Akira.

1. *Ausencia de autocontrol y ausencia de código axiológico*

Ninguno de los jóvenes que intervienen manifiestan guiar su conducta, en función de ciertos valores. Su comportamiento sólo es compatible con la total ausencia de cualquier código axiológico. En consecuencia con ello, resultan incapacitados para autodirigirse, autogobernarse y autocontrolarse («self-control»).

2. *En el principio era la acción*

La frecuencia de comportamientos violentos y agresivos tendentes a la destrucción, la continua manifestación de velocidades supersónicas en el contexto de una acción sostenida e incesante, postula la primacía de la acción sobre cualquier otro evento. Ante la pregunta, ¿qué es primero el ser o la acción?, la respuesta aquí no es sino la acción. Lo primordial en la persona postulada en Akira es el ser que actúa continua, incansablemente. ¿Es eso una persona o un robot? Una vez que la racionalidad ha sido sustituida por el automatismo de la hiperactividad, ¿cómo satisfacer la primera condición que es necesaria establecer para poder considerar la mera posibilidad de la libertad humana?

3. *Temporalidad, cultura instantaneísta y competencia lingüística*

Desfinalizadas las conductas de los personajes, el eje vertebrador que debiera atravesarlas —la continuidad temporal— ha sido pulverizado, deviniendo aquella en meros instantes fugaces y desarticulados unos de otros. Comparecen aquí dos ingredien-

tes definitorios de nuestra actual cultura. En primer lugar, lo que denominaríamos con el término de «instantaneísmo», es decir, la descomposición de cualquier trayectoria biográfica en apenas instantes saltatorios, monádicos y completamente independientes unos de otros, imposibles de integrar en un proyecto psicobiográfico con sentido. Se actúa sin un plan preconcebido, sin un proyecto, sin ningún propósito. La acción es apenas guiada por la presencia de un estímulo circunstancial, que a su vez actúa como el «disparador» insoslayable del comportamiento mecánico y automático al que precede.

La vida humana no aparece aquí vertebrada por la temporalidad. La temporalidad comporta que hay que saber esperar, que hay que disponer de un determinado proyecto en cuya ejecutoria proyectarse a sí mismo, que tiene que haber tiempos llenos y tiempos vacíos, que ha de haber expectativas, que las cosas se ganan con esfuerzo, que no todo puede ser instantáneo, que es falso que cualquier deseo se transforme en realidad en medio segundo, haciendo sólo «clic».

No es lo mismo la temporalidad que vive un agricultor, que la vivida por un habitante de la megalópolis. Un agricultor es una persona que sabe esperar, que calcula, que reflexiona, que mira al cielo y pronostica si las lluvias o el sol anegarán su cosecha. La persona inmersa en la «cultura del clic», carece de proyecto y se entrega a la circunstancia. Cada vez que es sorprendida por un estímulo que fugazmente se le ofrece a su percepción —y antes de que reflexione acerca de la conveniencia o no de poner en marcha su conducta—, ya lo desea. Y como lo desea, con sólo hacer «clic» está ya satisfaciéndolo. La *impulsividad* sustituye a la reflexión, mientras la vida se acelera de forma innecesaria e insufrible. De este modo, la quiebra de toda esperanza y expectativas, es reemplazada por la desesperanza y la desesperación.

La otra característica que también concurre, es la emergencia de un *lenguaje soez* y pobre que sólo conduce a la zafiedad, y que en cierto modo manifiesta bien lo que acontece en ciertos sectores de los jóvenes de hoy. Esta endeble y ruinosa competencia lingüística es muy lamentable. El poder del pensamiento necesita de un instrumento, de un vehículo: las palabras. Las ideas necesitan de las palabras. Cuanto más rico sea el vocabulario de que se dispone, mejor se podrá pensar, mayor alcance tendrán esas ideas, más claramente podrán manifestarse y compartirse con los demás. ¿Cómo manifestar con cierto rigor lo que sentimos y pensamos, cuando apenas si disponemos de un rudimentario inventario de expresiones viscerales y soeces? ¿Es

éste el lenguaje que caracteriza a la persona? ¿Qué se hizo de tanta riqueza acumulada en los numerosos términos y expresiones de que dispone el castellano para matizar, con toda exactitud, lo dicho?

4. *Evolución/involución de una civilización*

En Akira se da por hecho –con la forzosidad y la tozudez de los comportamientos que describe– la involución de la civilización. El entero progreso de una sociedad culmina en el agorero modelo antropológico –en este caso explícitamente manifiesto– a que se está aludiendo. La sociedad no evoluciona, sino que involuciona. Y eso a pesar de lo que hagamos. Con ello el pesimismo está servido por vía de la indefensión.

En este modelo antropológico resulta irrelevante el comportamiento humano, puesto que no dispone de ninguna capacidad innovadora para la solución de los problemas que le atañen. Un especial «*fatum*» conduce esa evolución social, frente a la cual los jóvenes nada pueden hacer. El sinsentido y la inexorable autodestrucción resultan aquí inescapables. ¿Es cierto que la persona nada puede hacer para lograr el cambio social que sería deseable? ¿Es éste el modo de entrenar a los más jóvenes para habérselas con los cambios que, mediante su concurso, están llamados a realizar para la mejora de la futura sociedad?

5. *La magnificación tecnológica y el mito del progreso indefinido*

La tecnología es aquí magnificada, tanto en lo que se refiere a la clase política como a la tecnología punta y dura, de la que se abusa en casi todas las secuencias del film. No se olvide a este respecto, que el hilo argumental del que parte la película son los experimentos secretos, que ha mandado llevar a cabo el gobierno japonés.

De otra parte, dicha tecnología magnificada coopera a la construcción de un mito –el encarnado en Akira–, que viene a postular el progreso indefinido. Es ésta una cuestión tópica en el análisis de la cultura actual que ha hecho verter demasiada tinta.

Pero la conclusión de tal análisis es que todo progreso por el hecho de serlo, es muy definido, y no es homogéneo ni indefinido, puesto que el progreso debe predicarse respecto de muy diversos criterios. Es cierto que la tecnología nos ha hecho

avanzar, pero no todo en el siglo XX pueden computarse como avances. Así, por ejemplo, el siglo XX es el siglo en que más personas han muerto en Europa a causa de las guerras; es también el siglo que más vejaciones ha sufrido la persona, donde más sufrimientos irreparables e injustificados se ha infrigidado al hombre. Al evaluar este siglo que agoniza, algunos historiadores sostienen que ha sido el siglo más cruel de toda la historia. La posibilidad de la Tercera Guerra Mundial, referenciada en este film, estaría a favor de esta última interpretación.

En cualquier caso, habría que preguntarse si en la actual sociedad la técnica está al servicio del hombre, o éste al servicio de aquella; si la posibilidad de que el mundo estalle en mil pedazos es hoy un mero anacronismo o si realmente existe la posibilidad de ese riesgo.

6. *Permisivismo radical*

En la sociedad filmada en Akira todo está permitido. La permisividad de que aquí se hace gala es radical, tal y como se manifiesta en el comportamiento de sus personajes.

Lo que se traduce en esta sociedad permisiva es que nada hay bueno ni nada malo. De hecho, si hubiera algo bueno, entonces se optaría por hacer lo bueno, porque es lo que nos realiza como personas. Por contra, si hubiera algo malo, trataríamos a toda costa de evitarlo, porque lo malo es lo que nos desnaturaliza como personas. Esto es lo que las personas de todos los tiempos han descubierto de forma natural, configurando el viejo principio de la ética natural que reza: «Hay que hacer el bien y evitar el mal».

Ahora bien si en la actual sociedad nada es bueno ni malo, lo que hay no puede ser sino indiferente y mediocre. Pero si todo es indiferente, ¿dónde encontrar la motivación suficiente para que nuestra conducta se ponga en marcha? Recordemos que la conducta humana es propositiva, finalista, teleológica; que todo comportamiento humano se propone fines, la meta que cada persona quiere alcanzar a través de su acción en el mundo. Pero si no hay bienes disponibles que sean alcanzables, ¿por qué conducirse de esta o aquella forma, en lugar de paralizarse por completo, instalados en el pasotismo?

La meta a la que propende toda conducta suele coincidir casi siempre con el hecho de alcanzar un determinado valor. Pero si no hay valores, si todo es relativo porque nada es bueno ni malo, entonces la conducta humana se desactiva, se vacía de

significado, pierde su sentido. Acaso se pueda correr mucho, pero ¿hacia donde? Si nada vale la pena de ser alcanzado, ese correr mucho deviene ya en activismo, en hiperactividad sin sentido, en algo por sí mismo patológico.

7. Odio a la escuela, la educación y la infancia

A lo largo de los 124 minutos que dura el film, menudean las ocasiones en que se afirma y sostiene el odio a la escuela, la educación y la infancia. No entraré aquí en su análisis para no alargar más esta exposición.

Si retomamos lo afirmado líneas arriba, comparecen siete rasgos antropológicos bien establecidos que alumbran la vertebración de un modelo muy concreto de persona. Dicho muy sucintamente: la persona emerge como un ser que está continuamente actuando, que no tiene autocontrol, que no dispone de código ético alguno, que nada le importa, que emplea un lenguaje pobre y zafio, que sólo parece estar subyugado por la técnica y esclavizado por el progreso, que la única finalidad de su vida –si a eso se puede llamar fin–, es transformar instantáneamente los deseos en satisfacciones, que odia la escuela, la educación y la infancia, y a la cual todo le está permitido.

Pero, ¿es eso una persona? No; eso es un monstruo. El prototipo emergente que así resulta contradice y niega lo que cualquier persona conoce por propia experiencia personal.

Cuatro proposiciones básicas de la antropología experiencial y realista

Ante el constructo antropológico propuesto en Akira, parece obligado contraponer otro que nos permita marcar las diferencias. El autor de estas líneas ha considerado oportuno hacer intervenir aquí a sólo cuatro proposiciones –por otra parte, demasiado generalizadas y comunes– procedentes de la antropología experiencial –esa que no se aprende en los libros, sino en el bullir de la vida personal– y realista. El atenimiento a estas cuatro proposiciones configura, qué duda cabe, un modelo antropológico mucho más realista y, sobre todo, orienta a la persona a ser mucho más feliz. Enunciémoslas, aunque sólo sea de pasada.

1. Toda persona quiere ser feliz

Encontrarán serias dificultades para encontrar una persona que no quiera ser feliz. Otra cosa bien distinta, es que encuentren muchas personas que coincidan en el concepto de felicidad. Sin embargo, a pesar de las diferencias existentes entre ellas, no les quepa duda de que todas desean ser felices. Por eso resulta extraño que ninguno de los personajes que en Akira se nos ofrecen quieran ser felices.

2. Toda persona quiere saber

Nadie elige para sí la ignorancia. Antes al contrario, todos queremos saber. Y saber acerca de todo, también acerca de nosotros mismos. Otra cosa bien diferente es que no nos cueste esfuerzo; el esfuerzo que, ordinariamente, hay que realizar para adquirir ese saber. Un esfuerzo que está hoy sobredimensionado y tergiversado en su magnitud y significación, puesto que no es para tanto.

Pero si no nos costara ningún esfuerzo, trataríamos todos de saber todo. Hasta ese extremo es el hambre natural de verdad que subyace escondido y como agazapado en la intimidad de todas las personas.

En Akira, sin embargo, nadie quiere saber. Como si eso no fuese algo propio de la condición humana. De aquí su odio a la escuela (escenario del aprendizaje), a la educación (aprendizaje propiamente dicho) e infancia (sujeto del aprendizaje).

3. La persona humana es libre y, además, quiere ganar en libertad

Nadie está dispuesto a vivir su vida al dictado de otro o por encargo de un tercero, como tampoco nadie que esté en su razón delega en otro el diseño de su futura trayectoria biográfica. Y eso porque la experiencia de la libertad personal, que nos es propia, no nos permite tal renuncia.

La libertad no es otra cosa que la autoapropiación de sí mismo en el origen. Somos libres porque tenemos la vida en las manos para hacer con ella lo que queramos, para autodeterminarnos en la dirección que nos de la real gana.

Pero, ¿cómo se autodetermina la persona a sí misma? Por la intolerancia a ser controlado por otros, mediante las elecciones

que va haciendo, mediante la conquista un mayor autocontrol personal y racional. Eso supone que la persona aspira a crecer, a ser ella misma, a no sentirse impedida por una estructura social neurótica ni por un código de conducta represivo, sino que se experimenta como única protagonista –otra cosa es que realmente lo sea– de su andadura biográfica. Tal vez por eso lucha denodadamente por ese ámbito de libertad en el que poder elegir el fin de sus acciones y los medios para darles alcance, simultáneamente que trata de satisfacer los principios (la ética informada por la racionalidad) que salvaguardan y hacen posible su travesía por el mar de la vida, hasta alcanzar el puerto que se proponía.

Disponer del necesario autocontrol significa que se es señor de sí mismo, que se sabe lo que se quiere y por eso también se quiere lo que se sabe, que no se depende de las circunstancias estimulares que esporádica e imprevisiblemente nos acontecen, que se dispone de un proyecto racional capaz de resistir el empuje de las propias pasiones y versátiles deseos; en una palabra, que se ha descubierto el fin (el valor) que da sentido a la vida y se considera que éste no es renunciable. Este es el medio que cada persona tiene para realmente hacer lo que le dé la gana.

Cuanto mayor sea la capacidad de autocontrol, cuanto mejor realice en sí el modelo que se quiere llegar a ser, cuanto más satisfaga los valores por lo cuales se ha decidido en el proyecto que como persona ha hecho y más someta las pasiones que barrunta también en su intimidad y que, de alguna manera, le hacen caer en contradicción consigo mismo, más libre será, más crecerá en este apreciado tesoro que es la libertad personal.

Este modelo es antitético y completamente opuesto al que se ofrece en Akira. Y, sin embargo, este es el modelo que, empíricamente, puede constatarse mejor en la mayoría de las personas a través de la observación, la experiencia personal, el diálogo y la comunicación.

4. *La única causa que legitima la renuncia a la libertad, desde la misma libertad, es el amor*

Acaso el horror y buena parte de los sufrimientos que el observador de Akira experimentan se deban a la total ausencia de ese ingrediente que resulta fundamental para toda vida humana. Lo que más enriquece y conforta a cualquier persona es, qué duda cabe, el cariño, el amor. Nadie puede renunciar a

El querer a otra persona es lo único que legitima la renuncia a la libertad, desde la libertad misma. Ahora deseo exponerles algo que tal vez conocen muy bien, pero en lo que no se repara de modo suficiente acaso por resultar una cuestión excesivamente manida y tergiversada. Y deseo hacérselo ver desde una nueva perspectiva.

Se ha sostenido anteriormente que la libertad es la autoapropiación de sí. ¿Cuándo podemos tomar nuestra propia libertad y entregársela a otra persona? Únicamente, cuando amamos a esa persona. Amar es autoexpropiarse a sí mismo en favor de otro. Sólo si disponemos de una cierta propiedad –y la tendremos en la medida que nos conozcamos y seamos dueños de nosotros mismos–, podremos sustraernos a ella y autoexpropiarnos en favor de otra persona. Ahora bien, tendremos tanta más propiedad de nosotros mismos, cuanto más libres seamos y cuanto mejor nos conozcamos. Cuanto más libres seamos más posibilidades tendremos de amar a otra persona, puesto que al autoexpropiarnos en su favor, mayor será la propiedad que le entregamos, que es lo único que a la postre hace feliz a la persona.

Conviene no olvidar que lo que hace feliz a una persona es querer y ser querida. Tan es así, que la vida de la mujer y del hombre sobre la tierra valen lo que valen sus amores. Por eso podríamos sostener que dime cuáles son tus amores y te diré quién eres.

No deja de ser curioso que en Akira no podamos presenciar ninguna secuencia en lo que al querer se refiere. Hay, eso sí, algún apunte distante de lo que debería ser la amistad, pero tan confusamente expresado que el observador no acierta a entender si no se trata más bien de una respuesta de temor, muy frecuente a esa edad, respecto de quien ejerce el liderazgo del grupo. Pero en ninguna circunstancia se manifiesta de forma explícita el más modesto alegato de una libre decisión de la voluntad de autoexpropiarse en favor del/a otro/a. A pesar de que tal donación constituya un radical insoslayable de la persona.

La tecnología, a pesar de sus progresos o precisamente por ellos, no tiene ninguna capacidad de satisfacer el anhelo de felicidad que palpita en la persona. Por la sencilla razón de que la persona –y el amor que ella libremente encarna– no es sustituible por nada, y menos aun por la tecnología. Un solo hombre, una sola mujer vale más que todo el mundo, incluida toda la tecnología, el petróleo, etc. La persona es el «novum» por antonomasia. Cada persona es única, irreplicable, inabarcable, insustituible, inapresable, impredecible, un ser relativamente absoluto.

notas puede predicarse de los nuevos y sofisticados instrumentos tecnológicos. Por eso mismo, nos dejan insafechos.

¿Consideran ustedes que las siete notas que definen el modelo antropológico, implícito en Akira, son homologables a los cuatro rasgos apuntados en una antropología realista? Si exponemos a los jóvenes a películas como Akira, es muy probable que estos últimos principios antropológicos se desvanezcan, pudiendo llegar a extinguirse para siempre en su conciencia, mientras son sustituidos por las siete notas antes apuntadas. Si analizamos las consecuencias que tales exposiciones filmicas tienen para la conducta —a través de la interiorización, identificación e imitación de esas notas—, ¿podrá concluirse algo respecto de los trastornos psicopatológicos del comportamiento y los modelos filmicos de imitación?

Sólo me resta añadir que me felicito por haber participado en este IV Symposium de Infancine. Esta tarea es, a mi parecer, muy acertada. Al fin se está realizando algo que parece fundamental para la pedagogía y la formación universitaria: introducirse en la reflexión científica y rigurosa de nuestra circunstancia. Y no olviden que el cine, la TV, los «mass media» constituyen nuestra actual y más íntima circunstancialidad, una circunstancia ésta ineludible e inescapable, que es preciso transformar adecuadamente mediante el estudio y la reflexión rigurosas.

No puedo poner fin a esta intervención sin felicitar, muy sinceramente, a los organizadores y asistentes a esta reunión de Infancine y en especial al Prof. Andrés Tripero, mentor principal de ella. En mi opinión, la revolución pedagógica, todavía pendiente hoy en la Universidad española, que es menester afrontar consiste precisamente en esto: en acercar la ciencia a la vida. Es decir, estudiar con espíritu crítico y el necesario rigor científico ingredientes como éste que entreveran la vida cotidiana y que de una forma connatural, continuamente, nos envuelven, y con los cuales forzosamente interactuamos.

Procedimientos, reflexiones y análisis como los que nos han ocupado estos días constituyen una vía regia para asentar los problemas de nuestra sociedad en su sitio, en el punto de mira que permita hacerles frente para encontrar las oportunas soluciones.

No cabe duda alguna de que a ustedes los universitarios compete, con pleno derecho, la aceptación o no de este reto, en la seguridad de que en muy pocos años, las personas que trabajen en estos proyectos y asistan a estos encuentros contribuirán de un modo eficiente —seguro estoy de ello— a ese urgido

Las imágenes mentales del niño prolongan las imágenes televisivas

ISIDORO ARROYO

Profesor-Comunicación Audiovisual y Publicidad - UEM

Los niños generan imágenes mentales a la vez que realizan otras tareas. Por ejemplo, cuando se les presentan palabras sueltas o frases, los niños de cinco y de seis años generan representaciones en imágenes mentales de los objetos nombrados por las palabras y por las frases.

Los niños construyen representaciones en imágenes mentales que contienen detalles visuales de algo que han visto, oído o imaginado.

También los niños generan imágenes mentales cuando se les da instrucciones para que lo hagan. En estos casos, las imágenes resultantes suelen ser más ricas en detalles, que dependen de la presencia de rasgos figurativos en los estímulos. Por ejemplo, hemos comprobado que entre las (Arroyo, 1997) con diversas palabras concretas: cama, limón, avión y águila la palabra águila posee más rasgos figurativos que la palabra limón (ver fig. 1).

La palabra *águila* visualmente nos permite discriminar entre: pico, alas, garras, colores de los ojos, etc. La palabra limón visualmente, solo nos permite discriminar entre dos rasgos: forma ovalada y color amarillo. El resto del material mnemónico de la palabra viene asociado a conocimientos más abstractos de su realidad obtenidos a través de experiencias personales del niño en las que se utilizan otros sentidos, como el gusto.

En definitiva, los niños generan imágenes mentales implícitas o explícitas cuando procesan materiales auditivos o visuales.